

Capítulo

1

Todo cuanto sé

Siempre que me preguntan: «¿Cómo es tu padre?» soy completamente incapaz de dar una respuesta sencilla.

Si bien puedo repasar pormenorizadamente toda una vida, la que he pasado con él, nunca he sido capaz de tomarle bien del todo la medida: por una parte es un campesino retraído y meditabundo, muy ruso, que demuestra cierto aire de ingenuidad, de credulidad incluso, con los desconocidos; por otra, es un hombre siempre alerta, sumamente gregario, asombrosamente mundano.

Su aparición del todo inesperada en la puerta de mi casa, en Oxford, una tarde de mayo de 1997, me dejó más desconcertado que nunca.

* * *

Volvía yo a mi domicilio lastrado por el peso de los libros que acababa de comprar en Blackwell. Estaba deseoso de llegar a casa, y ya me imaginaba sentado en un sillón junto a la ventana, inmerso en mis recientes adquisiciones, con la puerta del estudio cerrada al mundo durante varias horas.

Nada más entrar me fijé en un trozo de papel que alguien había introducido por debajo de la puerta. Era el resguardo de una

tarjeta de embarque de un vuelo llegado desde Melbourne. En el margen aparecía escrita una nota: «EN CASA DE DAPHNE PAPÁ». Inmediatamente reconocí la caligrafía de mi padre: escribía sólo con mayúsculas, con letra de molde, siempre sin signos de puntuación. Siempre había formado las frases así; se había criado en la Europa del Este durante la Segunda Guerra Mundial y carecía de una educación escolar mínima.

Me quedé de una pieza. Había hablado con mi padre por teléfono dos días antes. Se encontraba en su casa, en Melbourne, viendo la televisión con mi madre. Cuando le pregunté qué tal le había ido la semana, esto fue todo lo que quiso decir:

—Pues aquí está todo como siempre, hijo. En este rincón del fin del mundo nunca pasa nada de particular.

No cambió su tono de voz en modo alguno ni hubo la menor modificación en su voz cuando le pregunté qué planes tenían para la semana siguiente:

—La verdad es que no tenemos planes.

En ese momento, un «clic» apenas audible me indicó que había puesto el altavoz del teléfono, de modo que mi madre pudiera sumarse a la conversación. Era algo que hacía siempre que hablábamos por teléfono.

—Aquí ya ha entrado el invierno —dijo ella desde la otra punta de la sala—. Hace un frío de perros, cariño. Ya me tengo que poner la bata para estar por casa.

Las palabras de mi madre me llegaban por encima del ruido del televisor. Me la imaginé en un sillón, junto al fuego encendido en la chimenea. Mi padre habría regresado ya a la sala de estar y seguramente estaría tumbado en el suelo, delante de ella, con los pies en alto, apoyados en la pared, junto a la chimenea, para entrar en calor. Era una posición que adoptaba todas las noches de invierno, desde que alcanzaba yo a recordar.

—Me estoy tostando los «pieses» —decía en broma cuando nosotros éramos pequeños.

—«Pies», papá; se dice «pies» —le decíamos a coro mis hermanos, Martin y Andrew, y también yo.

—Sí, Alex. A ver si hablas inglés como es debido. ¡Ya llevas aquí tiempo de sobra! —añadía mi madre medio en broma. Al igual que en gran parte de sus bromas, había casi siempre un elemento lúdico que era reflejo del profundo y duradero afecto que existía entre ellos.

Los tres pasamos un rato hablando por teléfono acerca de las cosas ocurridas a lo largo de la semana en Oxford, donde yo cursaba estudios y realizaba un trabajo de investigación. Comentamos mis planes de visitar Tokio —en donde iba a pasar un mes llevando a cabo una investigación sobre un *matsuri*, una festividad ritual— dentro de unos diez días poco más o menos.

Mi padre no tenía gran cosa que decir, de modo que la conversación poco a poco dejó paso al silencio. Si bien mi madre y él me habían prestado todo su apoyo en el camino que yo había elegido en la vida, la intensa conexión que siempre había sentido con la cultura y la historia de Japón a los dos les desconcertaba un tanto: había pasado a ser una especie de leyenda de familia, porque ya de niño insistía yo en disfrazarme de samurái en miniatura incluso para ir a la tienda de la esquina a comprar el pan y la leche.

Prometí volver a llamarles antes de emprender viaje. En el momento en que me disponía a colgar, oí que mi padre tosía con nerviosismo. A menudo era su manera de indicar que algo le inquietaba. Vacilé un momento, pero antes de que tuviera tiempo de preguntarle si estaba todo en orden él ya había colgado el teléfono. A lo largo de toda nuestra conversación no había dado el menor indicio del dramático conflicto que estaba teniendo lugar en su interior.

* * *

Volví a clavar los ojos en la nota: «EN CASA DE DAPHNE PAPÁ». Aunque sin duda era verdad, no pude terminar de creer que mi padre estuviera allí mismo, y por eso me invadió una creciente intranquilidad. ¿Qué estaría haciendo allí? Desde que me fui a estudiar a Oxford había tenido ganas de que mi madre y él me visitaran alguna

vez. Mi madre estaba deseosa de hacerlo, pero siempre se había topado con la reticencia de mi padre: él no había vuelto a visitar Europa desde que se marchó en 1949, y se mostraba inflexible a ese respecto. No tenía ningún interés por volver.

—Aquello es el pasado —insistía con vehemencia—. Allí no hay nada para mí. Mi sitio está en Australia.

Cuando yo era pequeño e incluso cuando era adolescente le oí hacer a menudo esta clase de afirmaciones, aunque ninguno de nosotros, ni la familia ni los amigos, les dimos nunca mucha importancia. Nunca le preguntamos por qué tenía ese sentimiento, y él nunca nos dio una explicación concreta. Al igual que él, estábamos absortos en la actividad propia de la vida al sol brillante y sano de aquel «país de la buena suerte», como tantas veces se le ha llamado.

Me dirigí a casa de Daphne. Daphne era una vecina ya de avanzada edad que vivía en la otra acera de la calle; debía de estar espíandome entre los visillos del salón, porque la puerta se abrió sin darme tiempo a llamar. Se detuvo con los ojos muy abiertos en el peldaño de la entrada y señaló con excitación la parte posterior de la casa.

—Es tu padre —dijo, por lo visto tan aturdida como yo—. Pero me parece que se está quedando dormido —añadió en un susurro—. Pasa y no hagas ruido.

Daphne me condujo por un pasillo estrecho y abrió la puerta de la sala de estar. Desde allí vi a mi padre, las piernas extendidas y la cabeza apoyada en la oreja del sillón, de modo que sus ojos no quedaban a la vista. Tenía los brazos cruzados y su malecón marrón, pequeño, sobre el regazo.

Entré de puntillas en la habitación y en voz baja di las gracias a Daphne por haber acogido a mi padre y por haberle cuidado. Estábamos de espaldas a él para no molestarle. Lo oí entonces desperezarse y noté que me miraba. Me di la vuelta. Había elevado ligeramente la cabeza y tenía clavados en mí, con curiosidad, sus profundos ojos azules. Reparé en sus rasgos conocidos, traviosos: las cejas enarcadas y los pómulos altos y colorados le daban un per-

petuo aire de picardía e incluso de malicia. Sin embargo, me llamó la atención otra cosa: fue como si hubiera captado su imagen en una fotografía y en ella se viera un aura de tristeza. Pero esta apreciación desapareció enseguida bajo la superficie móvil de sus facciones.

No podía decir que no me había alarmado lo precipitado de su llegada, pero su presencia no me sorprendió del todo. A lo largo de los años me había acostumbrado a su natural sumamente impulsivo y bastante quijotesco. A menudo tomaba decisiones sobre la marcha, sin demasiada consideración por lo que nos gustase o nos desagradase.

—¡Marky! —exclamó mi padre con afecto.

—¿Papá?

—Estate atento. Daphne te acaba de ofrecer algo de beber.

Deseaba comenzar el interrogatorio a mi padre en ese instante, sin más dilación. Pero no quise que fuera delante de Daphne, quien parecía haberse dado cuenta de que la aparición de mi padre me había dejado completamente desorientado. Intervino en un esfuerzo por aligerar la situación:

—Tomemos una cerveza. Una Foster —dijo en un tono alegre, y añadió el ubicuo vocablo con que los australianos manifiestan afecto, «compañero», lo cual nos hizo sonreír a mi padre y a mí, a pesar de que yo rara vez me consideraba australiano.

No sólo no era rubio, ni era el clásico surfista de ojos azules, ni tampoco jugaba al fútbol australiano, sino que además los años que había pasado estudiando lejos de aquel país abrasado por el sol habían dejado en mi cuerpo una palidez académica.

—¡Por Melbourne! —brindó Daphne.

—Por Melbourne —respondió mi padre con una sonrisa de borrego que quiso dirigirme a mí.

* * *

Casi era de noche cuando por fin cruzamos a la otra acera. A la media luz, no acertaba con la llave de la puerta mientras mi padre aguardaba con paciencia a mi espalda, tosiendo con nerviosismo.

Una vez abierta la puerta, me di la vuelta para ayudarle a entrar. Eché la mano al maletín de piel marrón y estropeada que tenía al lado, pero su mano salió disparada y me arrebató el asa del maletín.

—Eso lo llevo yo —dijo recalcando las palabras.

Siempre había tenido una actitud protectora con su maletín; de hecho, era una regla implícita que nadie, salvo él, le pusiera jamás la mano encima. Para él, aquel maletín lo era todo. Lo llevaba a todas partes, lo sujetaba tan fuerte bajo el brazo que podría habérselo incrustado en las costillas.

Fue todo lo que se había llevado consigo cuando se marchó de Europa al término de la Segunda Guerra Mundial. En el maletín llevaba sus muy exiguas pertenencias, recuerdos de su infancia, transcurrida en Rusia y en Letonia.

Desde que me alcanzaba la memoria, el maletín había sido un elemento clave en nuestra vida de familia. Aunque sabíamos que contenía fotografías, documentos y otros restos de su pasado, a ninguno de nosotros se nos había permitido ni echar un vistazo a su interior. Teníamos más bien que esperar a que él decidiera desplegar su contenido ante nosotros. Mi madre algunas veces le regañaba por el secretismo con que se comportaba en torno al maletín: «¡Dios santo, Alex, si guardas ese maletín como si fuera Fort Knox! ¿Qué llevas ahí dentro? ¿Las joyas de la Corona?».

Cuando estaba en casa, mi padre guardaba el maletín siempre en el fondo de su armario. Siempre estaba cerrado con llave. Para darle un plus de seguridad rayana con la superstición, lo tenía escondido bajo la Biblia de la familia de mi madre, que era católica. Guardaba la llave del maletín siempre en su bolsillo, siempre lejos de nuestro alcance. Como es natural, esto daba al maletín un poder casi totémico en nuestras imaginaciones, lo que se sentía con especial intensidad cuando mi padre decidía contarnos una historia de su pasado, para lo cual utilizaba el maletín como si fuera un elemento de atrezo.

Una o dos veces al mes, después de recoger mi madre la mesa de la cena y fregar los platos, cuando estábamos todos senta-

dos delante de la tele, absortos en alguna serie policiaca o en un *thriller*, mi padre adoptaba su postura de siempre delante de la chimenea y mi madre tomaba asiento en su sillón. Era siempre como si el silencio que se ahondaba entre nosotros cuando nos quedábamos absortos delante de la «caja tonta», como le gustaba llamarla a mi madre, crease en mi padre la urgencia de reafirmar su postura y de ser el centro de la casa. Era como si tácitamente dijese: «Tengo una historia que contaros, y es mucho mejor que la que estáis viendo ahora».

Se inquietaba de un modo bien visible y elevaba la cabeza como si se esforzase por oír algo. Sus ojos comenzaban a recorrer veloces la sala, sólo que sin centrarse en nada, como si contemplase otro mundo y estuviera hechizado por lo que allí viera. Por encima de todo lo demás, era su manera de carraspear, apenas audible, como si tuviera que hacer un esfuerzo por liberar la voz, como si la tuviera amordazada, lo que nos alertaba a todos sobre lo que se avecinaba en ese instante.

Se levantaba y desaparecía de la sala mientras en silencio nos preparábamos para su regreso. Mi madre hacía un gesto y apagábamos la televisión. Aun cuando en ese instante estuviéramos a punto de descubrir quién era el asesino en un capítulo de *Homicidio* o de *Considerare su veredicto* —nuestras series preferidas—, jamás emitíamos una sola palabra de protesta. Nos encandilaba mucho más lo que estaba a punto de suceder.

Si teníamos suerte, mi madre incluso nos repartía una tableta de chocolate. Esperábamos con impaciencia, mis hermanos y yo en el sofá, nerviosos, a que regresara nuestro padre momentos después con el maletín en la mano. Lo colocaba suavemente en el suelo, en el centro de la sala, y se preparaba a realizar su actuación. Con un gesto de adorno sacaba entonces una fotografía o un documento, arrugado, estropeado, con los bordes desgastados y amarilleados por el tiempo. Entonces cerraba el maletín con brusquedad, se lo ponía sobre las rodillas y encima colocaba el papel que hubiera extraído.

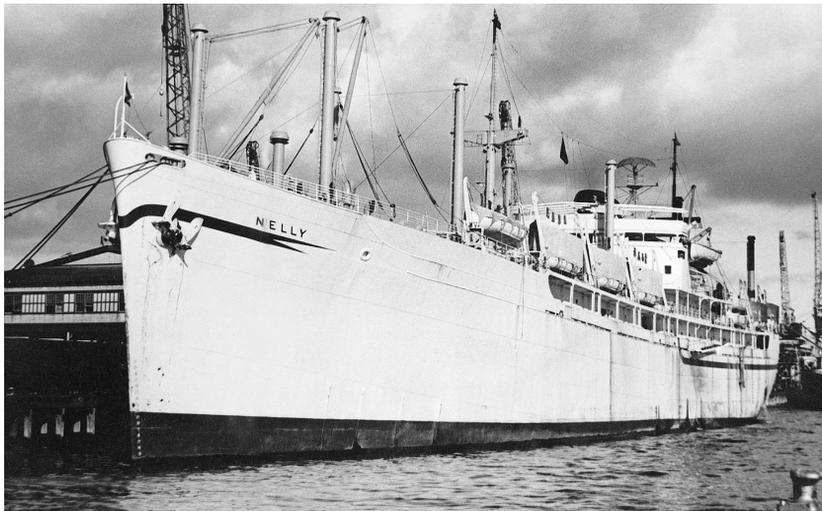
Fuera lo que fuese, lo utilizaba a modo de elemento de atrezzo en torno al cual iba a tejer su historia, a veces poco más que

una serie de fragmentos acerca de su vida durante la guerra, y más a menudo acerca de sus aventuras en los trenes de carga en los que recorrió el interior de Australia, o las correrías que vivió con un circo ambulante en los años cincuenta. A medida que se desplegaba el relato, nosotros permanecíamos sentados, embelesados, lamiendo el chocolate. De vez en cuando metía de nuevo la mano en el maletín para extraer otro recordatorio, al que lentamente daba vueltas en sus manos como si estuviera llevando a cabo un truco de magia. A decir verdad, mi padre tenía el aura de un mago, y el maletín era el sombrero del cual extrae el mago un conejo tras otro en rápida y precisa sucesión. Mi padre nunca tenía que bajar la vista para localizar el próximo elemento que iba a utilizar. Los sacaba uno a uno como si los hubiera adivinado. Siempre nos embelesaban sus historias y su habilidosa manera de relacionarse con su desvencijado maletín.

Aparte de su amor por las comidas de Europa del Este, el maletín parecía proporcionar a mi padre su única vía de conexión con su pasado, la única que al menos parecía deseoso de conservar. Desde el momento en que puso el pie en territorio australiano, en diciembre de 1949, mi padre se había embarcado con immoderado entusiasmo y sin disimulos en un viaje que habría de llevarle a ser un australiano auténtico, un *dinky-di* de pura cepa. Rápidamente dio en creer que lo era: recuerdo que cuando conducía el coche, por ejemplo, despotricaba contra otro conductor que hubiera hecho una maniobra intempestiva y lo insultaba llamándolo «maldito australiano de reciente importación», olvidando que a ojos de la población anglófona él mismo, con sus exabruptos en un inglés recién aprendido y con su marcado acento ruso, distaba mucho de ser «genuino», como se consideraban los australianos de ascendencia británica.

El amor de mi padre por Australia iba más allá del fútbol australiano, y era raro que nada aguantase favorablemente una comparación con el lugar que él consideraba el suyo, su «hogar», desde que llegó en calidad de refugiado a bordo de un barco llamado *Nelly*. Llevaba incluso en la cartera una foto del *Nelly*, co-

mo si ello diera la medida de su apego, pasados cincuenta años, hacia el navío que lo había traído de una Europa todavía desgarrada por la guerra al refugio seguro de Australia.



El *Nelly*, el barco que llevó a mi padre a Australia a finales de 1949.

—Desde el momento en que poníamos pie en Australia —decía a veces—, todos éramos libres de ser quienes éramos, sin sufrir persecuciones por ello, y libres también para llegar a ser alguien en la vida.

Y entonces era normal que exclamase, elevando los ojos al cielo con un gesto teatral:

—¿Por qué demonios iba yo a tener el menor deseo de volver a Rusia? La pobreza, el mal tiempo... ¡Dios me libre! ¡Hay que estar loco para tener ganas de volver allá!

Proponía su propio caso como ejemplo.

—Miradme —decía—; si no hubiera venido a Australia, estaría metido en un campo cubierto por el hielo, en medio de la pura nada, en medio de Rusia, cuidando de las ovejas. Aquí en cambio he podido construir mi propio negocio.

Lo decía en un tono que no era de orgullo ni de jactancia, sino más bien de modesta gratitud. Para él, su país de adopción era «el mejor rincón que hay en todo el planeta». Siempre admiré la

actitud de mi padre, aunque fuese algo que lo distanciaba de los padres inmigrantes de muchos de mis amigos, que con frecuencia se quejaban y afirmaban que la vida que llevaban en su país de origen había sido una vida mucho mejor.

Los suburbios del extrarradio de Melbourne en los que yo crecí eran una zona de población mayoritariamente inmigrante; sobre todo italianos, malteses y griegos, entre familias de otras nacionalidades, muchas de las cuales parecían poseídas por el anhelo de regresar a sus países de origen. Tenazmente cultivaban su propia lengua materna, aun cuando empezara a atrofiarse, y empleaban solamente el inglés que les fuera indispensable para hacerse entender. Se rodeaban de toda suerte de recordatorios: la manera de vestir, las comidas, las religiones y las costumbres que les ayudaran a mantener vivo entre ellos el mundo anterior a la emigración.



Nuestra casa de Altona.

No era ése el caso de mi padre. Nunca dio muestras de tener el menor interés por sus orígenes rusos, y como a él todo aquello no le interesaba, tampoco nos interesó nunca a nosotros.

A pesar de su determinación de ser «australiano» de pura cepa, en el más pleno sentido del término, tampoco mentiría si dijera que mi padre y yo nunca formamos los lazos estrechos basados en el fútbol australiano o algún otro deporte o ritual de «compañerismo» que hubieran sido típicos en una relación paterno-filial en la Australia de los años setenta. Fue más bien la imagen de mi padre con su maletín la que creó un vínculo indeleble entre nosotros. Siempre que imagino a mi padre, lo encuentro invariablemente pegado al maletín. Sin embargo, yo aún no había visto su contenido.

* * *

Alargué la mano y me hice cargo no de su maletín, sino del pequeño bolso de viaje, del estilo del que uno se llevaría cuando va a pasar fuera un fin de semana, y no cuando va a viajar a la otra punta del mundo. Recorrimos el pasillo en penumbra y llegamos al minúsculo cuarto de estar de mi casa. Mi padre permanecía en pie, asumiendo todo lo que le rodeaba.

—Así que aquí es donde vives —declaró de un modo retórico—. Es pequeño —añadió, y enarcó las cejas en un gesto melodramático—, como una cueva, o un búnker. —Y para postre, muy ufano de que se le hubiera ocurrido, remató—: No es tan soleado como Australia.

Lo observé allí plantado en la penumbra del cuarto de estar. Sus rasgos faciales de repente se distendieron, como si todo el cansancio del viaje en avión acabara de hacer acto de presencia.

—Papá —le dije con toda la amabilidad que pude—, ¿no vas a hablarme de a qué viene todo esto?

—¿El qué?

La pregunta lo llevó a alejarse de mí y dirigirse a la otra punta de la sala, donde comenzó a examinar los cuadros de la pared y la porcelana japonesa que estaba colocada sobre la repisa.

—¿A ti qué te parece, papá? —dije desconcertado—. De la razón por la que has venido, naturalmente.

—¿Y qué tienes tú que ver con eso? —replicó con inocencia—. Ya te dije que un día vendría a visitarte. Siempre he querido ver qué clase de vida se ha construido mi hijo número uno.

Se detuvo ante la ventana y se asomó al patio posterior de la casa. Un tanto ablandado, sólo pude decirle esto:

—Habría sido buena cosa avisarme con antelación, papá.

—¿Cuánta antelación más necesitas? —preguntó a la ligera—. No ocuparé mucho espacio.

El espacio era lo de menos, claro está, pero también me quedó claro que no estaba dispuesto a iniciar ninguna conversación en torno a su aparición repentina. Se volvió hacia mí y por vez primera reparé en que tenía un agujero allí donde debiera haber tenido uno de los incisivos.

—¡Se te ha caído un diente! —dije señalándoselo.

—Sí, se me ha caído durante el viaje. Yo creo que fue cuando sobrevolábamos la India —dijo—, pero el resto de mi persona ha llegado sana y salva al Reino Unido.

A pesar del comentario humorístico, el agujero de su dentadura le daba un aire vulnerable, hacía que pareciera herido, y me impidió seguir presionándole.

Durante la cena, en la cocina, de pronto me confesó que mi madre no tenía ni idea de que él estuviera conmigo en Oxford; me dijo que le había contado una mentirijilla, que le había dicho que se marchaba a Sidney a ver a Otto, un viejo amigo del circo que tenía una salud delicada y que necesitaba de su compañía. Mi padre sin embargo dijo que había prometido a mi madre que la llamaría a diario, y añadió que eso era lo que pensaba hacer en ese momento. Le indiqué dónde estaba el teléfono, en el estudio, pero él inmediatamente fue al cuarto de estar, temeroso de que, si yo escuchaba la conversación, me convirtiera en un cómplice de su incomprensible charada.

Sin embargo, mi connivencia era inevitable. A pesar de que esperé en la otra habitación, traté de no hacer el menor ruido que pudiera delatar a mi madre el verdadero destino de mi padre.

Por la puerta entreabierta le oí hablar amistosamente con ella e intenté enterarme de toda la conversación.

—Sí, sí, estoy bien, cariño. El médico ha dicho que Otto se pondrá bien. Dice que sólo necesita descansar —le oí decir—. Creo que lo mejor será que me quede unos días más para hacerle compañía, para organizarle un poco las cosas.

El tono de voz que empleó mi padre al explicarle este plan a mi madre me sonó tan convincente como sus palabras. En realidad, estuve seguro de que mi madre no podía tener ninguna duda sobre la situación en Sidney; ampliar unos días más su visita a Otto tuvo que haberle parecido un comportamiento absolutamente natural. Mi padre era una persona atenta que a lo largo de los años siempre había hecho lo indecible por ayudar a sus amigos, anteponiendo a menudo sus necesidades a las que él pudiera tener. Al darse cuenta de ello, mi madre a menudo se quejaba de que la gente se aprovechaba de él, pero mi padre siempre se encogía de hombros y decía amablemente: «Es posible que así sea, cariño, pero no seas demasiado dura con ellos. En cualquier caso, prefiero ser amable con quien sea, aun cuando no se lo merezca, antes que darle la espalda».

Me asomé a la habitación para ver si mi padre daba muestras de alguna inquietud por haber tenido que mentir de manera semejante. Me resultó evidente que sí. Se movía por el estudio como si allí no pasara nada, todavía con el teléfono en la mano, fingiendo ante mi madre que se encontraba en casa de Otto.

—¡Bah! Entre tú y yo —susurró hablando por el teléfono—, la verdad es que es poca cosa, cariño. Oscuro, sórdido. Pobre tipo.

* * *

Durante los días que siguieron, mi padre pareció reacio a moverse, como si al llegar a Oxford hubiera llegado a la vez a la conclusión de que ése era el refugio que en el fondo buscaba, como si se contentase con permanecer allí escondido. Hicimos algunos viajes ocasionales al centro de la ciudad, paseamos por los co-

legios universitarios; le mostré los lugares y los objetos de mayor interés. Mi padre prestaba atención a mis palabras, aunque alguien que lo conociera bien, y yo creía conocerlo bien, se habría dado perfecta cuenta de que seguía pareciendo alterado, como si algo le inquietase, como si tuviese algún asunto inconcluso del que estuviera obligado a ocuparse.

Una noche, a finales de aquella semana, nos sentamos a cenar en silencio. Habíamos agotado ya los temas de conversación banal; empezaba a ser cada vez más difícil rehuir la cuestión de fondo que seguía sin hallar explicación tras su repentina aparición en Oxford, de la que no había dado ninguna explicación. El baile de evasivas que había tenido lugar a lo largo de toda la semana empezaba a ser realmente difícil de sostener.

De buenas a primeras anunció entonces que había decidido volver a Australia al día siguiente. Me quedé atónito; me costó trabajo creer que su visita pudiera tener fin sin que yo llegara a entender ni siquiera de lejos qué era lo que la había motivado.

—Papá, ¿qué es lo que sucede?

—¿Cómo dices? —Me miró con cara de perplejidad.

—¿De verdad has tomado la decisión de volver a casa? ¿Así, sin más?

—Bueno, en algún momento tendré que volver —dijo—. Tu madre estará preguntándose qué estoy haciendo en Sidney. Ah, eso me recuerda que debo comprobar qué tiempo hace por allí, no sea que le dé por preguntar. —Chasqueó los dedos—. Anda, echa un vistazo al periódico y me lo cuentas, corazón —me pidió.

Gruñí con poca convicción, sin saber siquiera si hacerle ese pequeño favor a mi padre equivalía a ser cómplice de su engaño.

Siempre me había llamado con apelativos cariñosos; «el número uno» y «Marky» eran sus preferidos, aunque a menudo empleaba el apelativo «corazón» como si tal cosa, sin transmitir el más mínimo empalago. A pesar de esas ternuras de superficie,

nunca tuve la sensación de que me estuviera haciendo partícipe de sus intimidades, como si no tuviera del todo confianza en mí. Era un hombre que no se fiaba de casi nadie.

—Adelante, dime —me insistió.

Cedí y fui a buscar el periódico. Desconcertado, decidí que un cambio de escena podría tener efectos beneficiosos en los dos y tal vez ayudarnos a salir de nuestro extraño callejón sin salida. Oculto aún de manera parcial tras el periódico desplegado, le sugerí que pasáramos en Londres el último día de su estancia y que al final del día lo dejaría en el metro, rumbo a Heathrow, a tiempo de que tomase el avión de regreso a Melbourne. Se mostró rápidamente de acuerdo y comenzamos a hacer planes, entre ellos un almuerzo en el café Daquise, un antiguo restaurante polaco que había en South Kensington que tenía merecida fama por su cocina tradicional de Europa del Este, que siempre le había gustado a mi padre de manera especial.

Durante mi niñez, mi padre algunas veces prefería no sentarse con nosotros a comer las típicas comidas australianas, el cordero asado o el pescado con patatas fritas; prefería en cambio los encurtidos de pepinillo y de otras cosas, especiados con eneldo, el pan de centeno y —todavía hoy tengo escalofríos nada más verlo y, sobre todo, al olerlo— el arenque crudo. Esperaba que el Daquise sirviera para recordarle los cafés y las tiendas de *delicatessen* de Acland Street, uno de los pocos lugares en el Melbourne de los años sesenta y setenta en los que podía permitirse el lujo de disfrutar de aquellos manjares, el tipo de mundo en el que se sentía distendido de veras.

De niño me encantaba visitar Acland Street con mi padre para ir a comprar tarta de queso en una de aquellas panaderías que trabajaban al estilo de Europa del Este. Me colocaba a su lado, de su mano, mientras él estudiaba los escaparates repletos de muestras de repostería fina desplegadas en las bandejas. Me vino inesperadamente un recuerdo a la mente. Lo había olvidado del todo, de modo que me causó cierta perplejidad su repentina reaparición. Era como si el recuerdo hubiera aflorado por su pro-

pia fuerza a la superficie con el solo objeto de indicarme una posible explicación de la visita de mi padre.

En la ocasión a que me refiero me había percatado de que él miraba con gran interés, por las rendijas que se formaban entre las bandejas del escaparate, hacia los rincones más recónditos de la pastelería. Seguí su mirada y descubrí que escudriñaba un mundo que nunca había visto antes: una escena exótica, unas cuantas mujeres con aspecto extranjero, vestidas de punta en blanco, con los labios pintados de un rojo muy vivo y las cejas muy exageradas. Mi padre parecía cautivado por aquella apariencia de máscara que tenían sus rostros, por el modo estudiado e individual que tenían todas ellas de comer, las manos delicadamente dispuestas, sus dedos cargados de anillos de oro y con brazaletes que les rozaban ligeramenta las mejillas al llevarse a la boca el tenedor lleno de pastel o de tarta. En cierto modo, aquellas mujeres eran como las imágenes que quedan de un mundo arcano que mi padre reconocía y que le tenía embelesado.

Recordé de pronto otro incidente acaecido en una de aquellas visitas a Acland Street. Un día, cuando estábamos ante el escaparate de una pastelería, reparé en que mi padre parecía intranquilo por algo que vio reflejado en el escaparate. Era la imagen de un hombre que se encontraba detrás de nosotros, apoyado en la capota de un coche aparcado enfrente. El hombre tenía los brazos plegados sobre el pecho y miraba a mi padre con franqueza, con un amago de sonrisa amistosa. Me di cuenta de que, cuando sus ojos se encontraron con los del hombre, mi padre pareció quedarse congelado en el acto, aun cuando el desconocido no dejó de esbozar su amplia sonrisa, y llegó a saludar a mi padre con la mano. Él me apretó la mano con fuerza y bruscamente se echó a andar, como si quisiera escapar urgentemente de algo. Retrospectivamente, me dio la impresión de que, aun cuando el hombre no conociera a mi padre, algo había reconocido en él.

Si bien mi padre experimentaba una atracción innegable por los habitantes de Acland Street, también parecía que le inspirasen un poco de miedo. A veces lo vi aguzar el oído, casi como un go-

rión, como si quisiera captar algo. Era como si lo que veía al otro lado de los escaparates fuera el paisaje en que transcurría otra vida, parte de una telaraña que amenazaba con atraparlo, como si perteneciera al mismo lugar que aquellas personas, como si tanto el lugar como las personas le pertenecieran.